

# ANNALES 7

MUSEO DE  AMÉRICA

1999

Artículo

## Juan de Betanzos: El gran cronista del Imperio Inca

M<sup>a</sup> Carmen Martín Rubio



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
Y CULTURA

# Juan de Betanzos: El gran cronista del Imperio Inca

## I. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene el propósito de demostrar la vital importancia de las crónicas escritas durante los siglos XVI y XVII en la ahora llamada América, para poder comprender el fondo de las ancestrales culturas desarrolladas en aquellos territorios. Debido a su carácter ágrafo, las historias transmitidas por los conquistadores y colonizadores se presentan como fuentes imprescindibles, reveladoras de las singulares formas de vida allí existentes desde los primeros milenios de la Humanidad; si bien –al haber sido redactadas por hombres pertenecientes a civilizaciones muy diferentes– deban ser sometidas a rigurosos análisis.

Mención aparte merece la *Suma y narración de los Incas* de Juan de Betanzos, crónica originada en el seno de la nobleza cusqueña, con perfecto dominio del quechua por parte del autor.

Es sabido que los Incas crearon formas de vida verdaderamente complicadas, muy diferentes a las existentes en Europa durante las mismas épocas; sin embargo, fueron precisas para dominar a la siempre inhóspita naturaleza andina y ayudar a conseguir la supervivencia del hombre en un medio tan difícil y adverso. En tal sentido, baste señalar la reciprocidad laboral derivada del parentesco, la división social en *panacas* –grupos de individuos o familias unidos por un vínculo– y *ceques* –las dos mitades de arriba y abajo en que se separaban las ciudades–, el poder absoluto de los reyes aun después de muertos, la deliberada ignorancia histórica de personas o hechos no gratos al gobierno y tantos otros genuinos matices, entre los que es preciso destacar la ausencia de escritura al estilo occidental o jeroglífica.

Por todo ello, no tiene nada de extraña la incompreensión de los conquistadores hacia aquel singular pueblo, hasta pasadas algunas décadas; incompreensión evidenciada también por los primeros cronistas, quienes recogieron confusamente hechos y cronologías, atribuyéndolas indistintamente a diversos personajes; máxime cuando les faltaba el conocimiento del *runasimi*, el idioma o lengua general del Incario. De ahí que las crónicas, en general, a pesar de haber sido escritas muchas *in situ* por testigos presenciales de los acontecimientos y circunstancias narrados, deban someterse a rigurosas revisiones.

No obstante, a finales del siglo XVI y en el mismo XVII, surgen obras de más garantía, dado que aparecen autores mestizos e indígenas, lógicamente más preparados para poder captar y transmitir su

ancestral cultura. Es el caso de Garcilaso de la Vega, el Inca, *Huamán Poma* de Ayala o Santa Cruz *Pachacuti Yanque*.

Pero, todo lo hasta aquí expuesto, viene a confirmar que no hay regla sin excepción, porque en la fase temprana de la colonización del Perú –entre 1551 y 1557– un español de origen gallego, Juan de Betanzos, escribió una historia del Incanato de carácter netamente indigenista y con gran profundidad. La tituló *Suma y narración de los Ingas que los indios nombraron Capac cuna que fueron señores en la ciudad del Cuzco y de todo lo a ella sujeto que fueron mi l leguas de tierra la cuales eran desde el río de Maule que es delante de Chile hasta de aquella parte de la ciudad de Quito todo lo cual poseyeron y señorearon hasta que el Marqués D. Francisco Pizarro ganó e conquistó e puso debajo del yugo e dominio real de Su Majestad en la cual Suma se contiene la vida y hechos de los Ingas capas pasados nuevamente traducido y recopilado de la lengua india de los naturales del Pirú por Juan de Betanzos vecino de la Gran Ciudad del Cusco la cual Suma e historia va dividida en dos partes* (Martín Rubio, 1987); como el autor quiso indicar con la palabra “suma”, pocas crónicas presentan un contenido tan minucioso y veraz sobre el pueblo Inca.

Desde las primeras páginas se advierte que Juan de Betanzos conoció muy de cerca los hechos acaecidos en el enorme territorio andino, pues comienza por establecer la genealogía de los Incas reinantes y después su cosmogonía, a la que según la tradición remonta a orígenes divinos; tras lo cual expone los acontecimientos bélicos-expansivos, llevados a cabo por la etnia cusqueña, a partir de los primeros monarcas y, con todo lujo de detalles, cuando trata de *Viracocha*, el octavo gobernante; pero todavía es mucho más minucioso con *Pachacuti* o *Pachacutec*, el noveno poderoso héroe civilizador y consolidador del territorio andino. Igualmente, la vida, los hechos de los siguientes monarcas y la crítica situación política, creada entre *Huascar* y *Atahualpa*, es desmenuzada por el cronista y enlazada hábilmente con la presencia de los españoles recién llegados, quienes ya comenzaban a poner las bases de la nueva nación peruana, entonces dependiente de Castilla y convertida en un esplendoroso Virreinato. Ahora bien, como lo que realmente le interesaba al autor era el mundo incaico, en la última parte de la obra, encauza nuevamente su narración hacia el último descendiente de la monarquía, *Manco Inca*, sublevado en las montañas selváticas de *Vilcabamba*.

Mas antes de adentrarnos en el contenido de la *Suma y narración...*, es conveniente advertir que Juan de Betanzos pudo escribir una historia más indigenista que los demás cronistas contemporáneos, debido al manejo de datos precisos y concretos, adquiridos por su matrimonio con la *ñusta* o princesa *Cuirimay Ocllo*: traducido Habla bonito; anteriormente *piuihuarmi* o esposa principal de *Atahualpa*, el último de los grandes emperadores, quien a la llegada de los españoles fue bautizada con el nombre de D.<sup>a</sup> Angelina (Garcilaso de la Vega. II, cap. IX, 140). Y sin duda, otro factor importante que le ayudó a adentrarse en el mundo inca fue su perfecto conocimiento del *quechua* o *runasimi*, idioma que seguramente practicaría con su esposa.

## II. DOÑA ANGELINA YUPANQUI O CUSIRIMAY OCLLO

La importante figura de D.<sup>a</sup> Angelina aparece ampliamente mencionada en toda la historiografía andina; sin embargo, se hallaba desdibujada entre la descendencia de las *panacas* reales cusqueñas. Se la confundía con otra princesa llamada *Añas Kollke* hasta que se ha podido contar con el testimonio de Betanzos, según el cual *Cusirimay* o D.<sup>a</sup> Angelina descendía del linaje de *Yanque Yupanque*, un hijo del

Inca *Wiracocha*, de este nombre y hermano de *Pachacutec*; por lo tanto, era prima de *Huascar* y *Atahualpa*, los dos herederos del último poderoso monarca, *Huyana Capac*. Seguramente fue llevada a Quito con unos diez años y cuando *Atahualpa* terminó de edificar su palacio en dicha ciudad, la tomó como su *piuuarme* o esposa principal. Para la unión debió de realizarse una boda esplendorosa, pues al decir de nuestro cronista, se celebraron infinidad de fiestas y se ofrecieron muchos sacrificios por la felicidad de los recién casados, durante dos meses enteros.

Indudablemente, *Cusirimay* –“aquella muchacha” en palabras de Betanzos, con lo que pone de manifiesto su juventud– sería hermosa, ya que, así mismo, cuenta que el gobernador D. Francisco Pizarro la eligió para sí una vez muerto *Atahualpa* y que con ella tuvo dos hijos: D. Francisco y D. Juan, si bien falleció pronto el menor y sólo quedó Francisco, a quien por cierto hubo de tutelar el cronista, después de casarse con D.<sup>a</sup> Angelina.

El matrimonio entre la *ñusta* y Betanzos se efectuó en los primeros años de la década cuarenta, en 1544 (Nicanor Domínguez Faura, 1988: 220), diez después de la refundación del Cusco en ciudad española; verificada en marzo de 1534 (Martín Rubio, 1984: 1-22). También una carta del Licenciado La Gasca al Consejo de S. M., de 1548, expone que el repartimiento de *Yucay* y la coca de *Avisca* en Cusco, con una renta de doce a trece mil pesos, no lo había proveído, sino que sólo lo había puesto bajo un depositario, hasta saber si podía darlo a un hijo de D. Francisco Pizarro, habido con una india que era entonces mujer de un lengua o intérprete llamado Juan de Betanzos (Levillier, 1921-1926: I, 125).

D.<sup>a</sup> Angelina debió hacer muy feliz a nuestro cronista, ya que en 1551 cuando éste escribía la *Suma y narración...*, plasmó en sus páginas un discreto pero contundente homenaje hacia ella, patentizando con mucho interés sus ancestrales y reales raíces, su gran alcurnia y el importante estatus que había tenido en el Incanato como esposa de *Atahualpa* y también cuando fue elegida por Pizarro; y, aunque en ningún momento indica que era su mujer, se percibe por el interés que puso en aclarar todo lo relativo a su imagen.

Pero, dejando a un lado su vida matrimonial, en espera de la aparición de otros documentos que arrojen nuevas luces sobre Betanzos y D.<sup>a</sup> Angelina, es preciso decir que la unión con la princesa proporcionó al cronista enorme prestigio entre los nobles incas, que componían las *panacas* reales, por lo que éstos le abrieron sus puertas, en especial las de *Atahualpa*. Por otra parte, le llevó a adquirir una importante y fuerte holgura económica, como demuestra el Dr. Villanueva Urteaga, pues D.<sup>a</sup> Angelina aportó como dote crecida hacienda (Betanzos, 1987: XXXIV).

De esta unión nació una hija: María Díez de Betanzos *Yupanqui*; Díez era el primer apellido del cronista, aunque sólo debió de usarlo en ocasiones oficiales por resultar largo. Se ha visto que, en la *Suma y narración...*, firma únicamente con Betanzos, el segundo; sin embargo recientes investigaciones me llevan a pensar que Díez de Betanzos era un apellido compuesto, procedente de la villa de Betanzos en Coruña, donde según el canónico Pedro Vitales, los caballeros de aquel nombre descendían del linaje de los Andrade. Se explica el cambio de la siguiente manera: Diego Núñez de Andrade, un hijo de Nuño Freyre de Andrade, Señor de Puente deume, Villalva y El Ferrol, fue castellano (señor o alcaide) de la fortaleza de Betanzos y casó con D.<sup>a</sup> Ana de Vargas; sus descendientes, atendiendo a la circunstancia de haber sido el progenitor alcaide de los castillos de Betanzos, adoptaron este apellido sutituyéndolo por el de Andrade. A su vez, el primero Díaz o Díez –considerados ambos un mismo patronímico, con idéntico

escudo de armas— derivó de Diego. Dice también que Gonzálo Díaz de Betanzos fue el primero en tomarlo y que algunos de sus descendientes pasaron a Chile; con lo cual se advierte la tendencia americanista en el tronco familiar (García Garraffa, 1926: XVI, 167).

Por tanto, hoy parece muy posible que el cronista tuviese el apellido compuesto; mas por la documentación se ve que toda la gente prefería denominarle simplemente Betanzos, e incluso él mismo, como se aprecia en la *Suma y narración...* y en las firmas de dos cartas aparecidas en Santo Domingo, que tal vez podrían referirse a nuestro personaje. Una razón del porqué usaba sólo Betanzos, se podría hallar en que quizá con él se recordaba siempre el origen gallego y no era tan largo de pronunciar como Díez de Betanzos. Ahora bien, de confirmarse la hipótesis del apellido compuesto, no se podría hablar de su ascendencia judía, como anteriormente se había supuesto, sino de un personaje, perteneciente a una familia gallega de muy rancio abolengo.

Mas retomando a D.<sup>a</sup> Angelina, nos encontramos con que poco más sabemos de ella; ni siquiera la fecha de su muerte. Desde luego, el óbito debió de suceder siendo todavía joven. Sí se conoce que Betanzos quedó viudo, seguramente cuando ya era un hombre algo maduro, circunstancia que no le impidió contraer segundas nupcias con una dama española. Pero llegados a este punto, es importante conocer la exigua biografía con que contamos sobre la vida y hechos de nuestro autor.

### III. PERFIL DE JUAN DÍEZ DE BETANZOS

Sin duda, Betanzos es uno de los cronistas de la conquista que aparece más envuelto en profundas tinieblas. Una espesa maraña rodea su imagen, pese a que los pocos datos existentes sobre él muestran a un hombre intrépido, con una vida llena de actividad, inmersa en continuos peligros y altas responsabilidades, lo que le convierte en un personaje aventurero y novelesco; sin embargo, difícil de conocer, dada la escasez documental que se conserva sobre su vida y hechos.

Fue contemporáneo de Cieza de León, Pedro Sancho de la Hoz, Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Miguel de Estete, Pedro Pizarro y de otros muchos conquistadores, algunos de los cuales, como los mencionados y como él mismo, escribieron hermosas crónicas, narradoras de importantes acontecimientos, en los que a menudo también participaron; pero no sabemos cómo transcurrieron los días de Betanzos en España, antes de trasladarse al Nuevo Continente; se ha visto que ni siquiera está claro su origen y tampoco sabemos nada —exceptuando noticias hipotéticas— de lo que hizo en aquellas tierras hasta asentarse en el Cusco. Y hablo de datos hipotéticos al referirme a dos cartas que abordan problemas surgidos con cierto licenciado apellidado Castañeda, en Cubaga (Venezuela), las cuales ponen de manifiesto la presencia de un escribano, llamado Juan de Betanzos en Santo Domingo. Este Betanzos, según dichas cartas, anteriormente había estado radicado en Valladolid. Dada las fechas, y por tratarse de un hombre de letras, pudo ser nuestro cronista, quien en busca de más fortuna tal vez vivió una temporada en la ciudad castellana, antes de pasar a América (Colección Muñoz A/108, 274. J. F. Pacheco, 1864: I, 560-563); pero con seguridad, no sabemos si llegó a vivir siempre en Galicia, si radicó algún tiempo en Valladolid y ni siquiera si estuvo en Santo Domingo.

No existe constancia alguna de cuándo y por dónde entró Betanzos ni a las Indias ni al Perú. Su nombre no aparece registrado en los Libros de pasajeros, y ello me hace intuir que se desplazó integrado

en el séquito de algún personaje importante. El historiador Jiménez de la Espada cree que llegó con Francisco Pizarro y que, tras consagrarse sin descuidar otros intereses al estudio del quechua, pronto se le nombró su lengua o intérprete oficial (1880, Prólogo *Suma y narración de los Incas*). Tampoco hay noticias de que participase con armas en la conquista, aunque el Padre Calancha dice que estuvo en la isla del Gallo con Pizarro, tal como después veremos. Desde luego, su origen noble en Galicia me hace pensar que fue un hombre educado para las letras y no para las armas.

La vida de Betanzos se muestra completamente oscura hasta su arribo al Cusco, donde en 1542 aparece avecindado y con tan perfecto dominio del *quechua*, como para ser elegido intérprete oficial en las *Informaciones* mandadas realizar por el gobernador Vaca de Castro (Collapina, 1975: 5). Y aquí surgen nuevos misterios: ¿cuándo se afincó en la por aquel entonces “Gran Ciudad Cabeza de los Reinos del Perú”?, ya que en el Acta Fundacional no está registrado en calidad de vecino; y, por otro lado, su nombre tampoco aparece en los repartos de tesoros efectuados en Cajamarca y el Cusco a la llegada de los conquistadores. Entonces, ¿dónde y cuándo había aprendido tan bien el *quechua* como para llegar a ser intérprete de Pizarro y de los posteriores gobernantes? Otra gran incógnita se crea con el testimonio del Padre Calancha, según el cual Betanzos fue uno de los trece que acompañaron al conquistador a la isla del Gallo. El cronista basa la afirmación en documentos originales vistos por él mismo, donde se consigna su presencia; en especial alude a un auto en el que con el acuerdo de toda la compañía se adjudicaban a Hernando Pizarro seis partes de todo lo que se encontrase. Dicho auto contenía la firma de Betanzos: uno de “los trece de la fama” (Calancha, 1638: L. I, cap. XVI, 240).

De ser auténtico el dato, esa sería la explicación de su intervención en los momentos iniciales de la conquista, aun sin ser soldado, y de ahí vendría la gran amistad adquirida con la familia Pizarro; si bien después, en lugar de seguir con ellos al Cusco, podría haber vuelto a la gobernación de Santo Domingo, donde tal vez continuó estudiando el quechua. Desde luego, está claro que debió de llegar pronto al Perú, pues en la crónica se advierte que conoce muy de cerca –incluso con anécdotas– los acontecimientos ocurridos en la primera fase de la costa, en Tangarala o Tangarara, y así mismo, los hechos relacionados con Atahualpa. Pero, es extraño que ningún otro cronista contemporáneo hable de su presencia en tan importante momento en la isla del Gallo; aunque, es patente la confusión existente en las crónicas sobre los nombres de aquellos primeros conquistadores del Perú, que compusieron el grupo.

También el haber entregado Pizarro a Betanzos por esposa a la mujer con la que había tenido dos hijos, demuestra el fuerte grado de amistad y confianza existente entre ellos; y es razonable pensar que tan profunda confianza y amistad no fueron fáciles de ganar en unos pocos días. Además el cronista no las perdió nunca, ni aun muerto el gobernador, porque cuando Gonzalo, el menor de los Pizarro, se levantó en contra de la supresión de las encomiendas ordenada por la corona, volvió a demostrar su fidelidad a la familia, siendo uno de sus principales colaboradores; si bien, al final de la contienda –en 1547–, intuyendo Betanzos que ya todo estaba perdido, se pasase al ejército realista, acaudillado por el “Pacificador”, Pedro Lagasca.

Por otra parte, en la nueva edición de los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, publicada en 1991 por Carlos Aranibar, en el glosario, el editor advierte la diferencia existente entre las mismas palabras quechuas de Betanzos y Garcilaso, pese a que el primero vivía y escribía por los años cincuenta en el Cusco, justo cuando el Inca aprendía esta lengua. Entre otras, una de las hipótesis manejadas por Aaranibar para hallar una explicación a dicho hecho, es la de suponer que Betanzos no manejaba el

quechua del Cusco, sino alguna variante regional de la costa central. En los *Comentarios...*, Garcilaso confirma que en la jurisdicción de Trujillo y hasta Quito no se conocía bien la lengua general del *Cosco* (Editorial Universo: L. III, cap. III, 13), porque tenían la suya propia; pero los Incas obligaban a aprender la quechua a sus súbditos, enviando gentes para enseñarla e imponerla en todos los territorios sojuzgados. Así pues la hablaban, pero algo diferentemente; por tanto, si esta hipótesis se pudiese confirmar, vendría a revalidar la temprana presencia de nuestro autor en Perú, incluso tal vez en la isla del Gallo, según dice el padre Calancha. Después, desde allí pudo haber pasado con Pizarro a la zona de Tumbes en los primeros años de 1530; y a continuación, por motivos desconocidos, se desplazaría a Santo Domingo, donde –como ya se ha visto– aparece un escribano, llamado Juan de Betanzos en 1539. Más posteriormente, sobre 1540, se acercaría en el Cusco, ciudad de la que ya no saldría sino esporádicamente y en la que llegó a encontrar la muerte.

#### IV. BETANZOS EN EL CUSCO VIRREINAL

En cambio, sí está claro que, a partir de su matrimonio con la princesa inca, nuestro autor gozó de una posición privilegiada, dado el rango social de su esposa; por ello, desde entonces, su inclinación a las formas culturales aborígenes se haría mucho más profunda, al poder frecuentar e introducirse en la *panaca* de *Atahualpa*, a la que pertenecía *Cusirimay*. Esta privilegiada situación le dio oportunidad de conocer muy a fondo y de viva voz –las de los *amautas* y *quipucayos*– la historia personal del Incanato. De ahí que, en el prólogo de la *Suma y narración...*, Betanzos comente que los hechos de los *yingas capac cunas*, los grandes señores de los territorios andinos, habían sido traducidos y recopilados por él, según la versión de los propios naturales; de forma muy distinta a los contados por los demás conquistadores (1987: I, 7). Tenía motivos para expresarse así, porque junto con conocer perfectamente la lengua *quechua*, se sentía tan compenetrado con las formas culturales aborígenes, que fue capaz de escribir una crónica de corte indígena, aunque su origen no se encontrase en los Andes; por cierto, que la *Suma y narración...* es la única obra originada netamente de pluma hispana, que puede encuadrarse en dicha categoría indigenista.

Evidentemente, entre los primeros casos de aculturación en Perú se hallan Betanzos y Garcilaso de la Vega; sólo que a nuestro autor le ocurrió a la inversa que al hispanizado Inca, pues se convirtió en un español adaptado al mundo andino. Tal circunstancia le llevó a ser también persona de gran confianza para el pueblo vencido; de ahí las negociaciones que realizó tratando de hacer salir a *Sayri Tupac* –el Inca sublevado en Vilcabamba– por encargo del virrey D. Andrés Hurtado de Menoza, Marqués de Cañete. Esta dura gestión, llevada a cabo por Betanzos –en palabras de Garcilaso calificado como “un gran lenguaraz”–, es narrada en los *Comentarios reales de los Incas* al describir el cronista con mucha pena la desmembración del poderoso imperio del *Tahuantinsuyu*, creado por los antepasados de su madre, la princesa Isabel *Chimpu Ocllo* (1965, II, 87). Y así mismo, la confianza depositada en Betanzos por la nobleza inca fue igualmente el motivo por el que *Tito Cusi Yupanqui*, desde la selva de Vilcabamba, le dio poderes en los momentos de desear legalizar su situación frente a la corona española.

Sin embargo, el acercamiento de Betanzos a la sociedad indígena del Cusco, no le hizo apartarse de los graves conflictos sucedidos durante su época entre los españoles. Por ello, pese a no ser persona de espíritu belicoso, sino de letras, según muestran el empleo de escribano en Santo Domingo –de confirmarse que era nuestro cronista–, el de lengua o intérprete en el Cusco y la enorme rapidez y perfección con que aprendió el *quechua*, no consiguió evadirse de intervenir en la ya citada revuelta de Gonzalo Pizarro en

contra de las Leyes nuevas de 1542; y, aun dicen sus biógrafos, que era amigo y Paniaguado de Francico de Carvajal, el temible “demonio de los Andes” (Domingo Angulo, 1924: 73-208).

Contradictoriamente a su vida pasada, en la que siempre se nos muestra como un hombre de letras, la participación en el levantamiento del menor de los Pizarro debió de ser bastante activa; hasta el punto de habersele comisionado la vigilancia del envío de un socorro, compuesto por un grupo de soldados, al capitán Valdivia en Chile (Esteve Barba, 1946: T. CCIX, XIV) y que fuese encargado de llevar una carta de otro capitán, Juan de Acosta, a Gonzalo Pizarro desde Trujillo a Lima; momento en que le apresó el ejército de La Gasca, y que aprovechó nuestro cronista, con mucha inteligencia y habilidad, para pasarse a las tropas reales. Con ellas aparecerá después en la incruenta batalla de *Xaquixahuana*, en abril de 1548.

De ahí que “el pacificador” La Gasca en el reparto de *Guainarima* le premiase en 1548 con una renta de cien pesos, como recompensa a la ayuda prestada para terminar con las profundas alteraciones del Perú (López de Caravantes, 1985: I, disc. II, 82). Además, también poseyó Betanzos las haciendas de *Yuca* y *Avisca*, más el pueblo denominado villa de Betanzos (Lima, 31. A.G.I.) en el repartimiento de *Caquiçana* en el *Collao*, de cierta importancia, pues tenía quinientos cincuenta y tres indios tributarios y mil seiscientos sesenta personas reducidas en él; y así mismo, en 1587, el pueblo aún contaba con ciento sesenta y cuatro indios tributarios (Charcas, 270. A.G.I.) y era su corregidor Vasco de Contreras (Lima, 31. A.G.I.), un criollo cusqueño de indudable prestigio.

Tampoco sabemos muchos más detalles de la vida de Betanzos en el Cusco, a no ser que, fallecida D.<sup>a</sup> Angelina, hacia 1562 contrajo nuevas nupcias con la dama española Catalina Velasco, de quien tuvo cuatro descendientes; las desavenencias con su hija María Díez de Betanzos Yupanqui, a las que hace amplias referencias el Dr. Villanueva Urteaga (*op. cit.*) y la fecha de su muerte, según su biógrafo el P. Angulo, acaecida el 1 de marzo de 1576. Sin embargo, hay un punto conocido sobre el cronista, pero poco estudiado: es la participación que efectuó en las gestiones de *Vilcabamba* para sacar a los Incas allí refugiados.

## V. VILCABAMBA, UN REINO NEO-INCA

El mismo Betanzos cuenta en la *Suma y narración...* (capítulo final de la segunda parte) que se hallaba preparando un viaje para entrevistarse con *Sayri Tupac*, el inca refugiado en las montañas selváticas de Vilcabamba.

Había ocurrido que Francisco Pizarro, convencido de no ser aceptado por el pueblo vencido y de no poder ganar la confianza de aquellas gentes, pensó en establecer como nexo entre ambos al príncipe *Manco Inca*, un hijo de *Huayna Capac*. A tal fin, le reconoció cierta autoridad política, pensando que, mediante su intervención, se podría entender mejor con tan gran número de aborígenes, los cuales rechazaban la presencia española. En un principio pareció que ésta había sido una medida acertada; pero en poco tiempo se evidenció lo contrario, pues *Manco* advirtió que su poder no era efectivo. Además estaba cansado de los abusos cometidos contra él y su pueblo por los extranjeros llegados a sus tierras y por los hermanos del Gobernador, en especial por las provocaciones de Hernando. Tales circunstancias le impulsaron a poner cerco al Cusco en 1536, durante más de un año; fueron aquellos momentos en los que estuvieron a punto de perecer los conquistadores e incluso de ser expulsados de Lima. Sin embargo, cuando



ya estaban en trance de sucumbir, consiguieron derrotar a las numerosísimas tropas de *Manco*; según la tradición milagrosamente, con la ayuda del apóstol Santiago y de la Virgen María.

El líder inca, viéndose vencido y sin posibilidades de volver a realizar un ataque fuerte e inmediato, huyó a las montañas selváticas de Vilcabamba, desde donde comenzó una durísima guerra de guerrillas, a la vez que fundó y organizó un reino neo-inca en contra del dominio hispano, cuyo gobierno continuaron después de él sus sucesores: *Sayri Tupac*, *Tito Cusi Yupanqui* y *Tupac Amaru*.

Como es de suponer, desde el comienzo, los españoles afincados en Perú desearon terminar con aquel foco rebelde, que atacaba y robaba a cuantos viajaban por los caminos de la sierra cercana al Cusco y ponían en grave peligro a sus ciudades. En tal sentido, se armaron pequeños ejércitos que a veces consiguieron llegar hasta donde estaba el Inca, como ocurrió en 1539 con el acaudillado por Gonzalo Pizarro; mas nunca pudieron acabar con los sublevados.

Por otra parte, la corona emprendió prontamente gestiones para sacar de paz a los gobernantes de Vilcabamba y a sus seguidores. A tal efecto, ya en 1542, el gobernador Vaca de Castro envió a *Manco* tres embajadores, pero no llegaron a conseguir ningún acuerdo. Según Betanzos, el monarca pensaba reiniciar nuevas conversaciones con el Virrey recién llegado al Perú, Blasco Núñez de Vela, el sustituto del gobernador Vaca de Castro, pero lo impidió el rápido prendimiento y destierro de éste. También el presidente Gasca intentó conseguir la paz, cuando terminada la revuelta de los encomenderos en la batalla de *Xaquixahuana*, envió a Vilcabamba al príncipe *Paullu*, un hermano de *Manco*. Desgraciadamente, el príncipe enfermó en el camino y regresó al Cusco, donde murió en 1549, quedando las negociaciones interrumpidas desde esa fecha hasta el año 1556, por diferentes acontecimientos políticos ocurridos en el naciente Perú.

Fue el Virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien las reanudó en cumplimiento de una Real Cédula del emperador Carlos V, fechada el 10 de mayo de 1555. Para dicho fin, formó una comisión en la que participó Juan de Betanzos, junto con otros personajes importantes de la época, como fray Melchor de los Reyes y el mestizo cusqueño Juan Serra de Leguizano, nacido de las relaciones mantenidas entre el conquistador Mancio Serra y la princesa *Beatriz Coya*, hija de *Huayna Capac*.

Nuestro cronista explica en el último capítulo de la *Suma y narración...* su intención de intervenir en el conflicto de Vilcabamba, al haber conocido el mal resultado de la embajada enviada por el licenciado Gasca. Con tal propósito cuenta que decidió descender del Cusco a la ciudad de Lima para entrevistarse con el Virrey Marqués de Cañete: y que, cuando estuvo en su presencia, le indicó el deseo que tenía de intermediar, “como hombre que mejor que otro sabría dar a entender a los yngas que estaban en la montaña lo que su majestad les quisiese mandar que hiciesen” (Betanzos, 1987: II, cap. XXXIV, 309).

El mismo Betanzos cuenta también que el Virrey agradeció mucho el ofrecimiento, por lo que le entregó un presente para regalar a *Sayri Tupac*, compuesto –entre diferentes objetos– por varias piezas de seda de colores, algunas ricas camisas bordadas en oro y aljofar (pequeñas perlas irregulares), más otras joyas de estima. Según el cronista, los regalos estaban valorados en un monto superior a los cuatrocientos pesos de plata ensayada y marcada, lo que suponía una cantidad fuerte para la época (1987: II, cap. XXXIV, 309).

Con la programada marcha a la selva termina Juan de Betanzos la *Suma y narración...* (1987: II, cap. XXXIV, 308). Pero por suerte, Garcilaso de la Vega recogió su intervención en tan difícil y delicada misión. Como ya se ha dicho, Garcilaso era hijo de Isabel *Chimpu Ocllo*, prima segunda de *Cusirimay Ocllo*, la esposa de Betanzos; por lo tanto, Garcilaso era también primo segundo político de nuestro cronista. Según esta versión, apoyada en otra del Palentino, el Virrey tenía enorme interés en sacar de la selva al Inca. En tal sentido, se establecieron negociaciones nuevas entre la corte de Vilcabamba, la princesa Beatriz *Coya* –tía de *Sayri Tupac*– y el licenciado Muñoz –corregidor del Cusco–, mas al no progresar con la rapidez deseada, el Marqués de Cañete decidió enviar a un fraile mercedario: fray Melchor de los Reyes, junto con Juan de Betanzos, vecino del Cusco, quien había sido elegido intérprete o lengua, porque “presumía de gran lenguaraz en la lengua general de aquella tierra” y “por el parentesco de su mujer con el príncipe *Sayri Tupac*” (Garcilaso, 1965: IV, cap. VIII, 140). Los comisionados se introdujeron por la parte de Huamanga, lugar donde estaba la entrada más cercana del reino inca a las ciudades de los españoles; por eso la urbe fue rebautizada con el nombre de San Juan de la Frontera; si bien hoy es conocida por Ayacucho. Sin embargo, Betanzos y el fraile no pudieron continuar la marcha al haber cortado los accesos las tropas sublevadas; tuvieron que volver al camino real buscando paso por un pueblo llamado *Antahuaila* y tampoco les fue posible hallarlo. De ahí que el corregidor Muñoz, enterado de aquellas circunstancias, les mandase volver al Cusco.

Una vez allí, se concertó una nueva embajada en la que se integró a Mancio Serra de Leguizano, el hijo de *Beatriz Coya*. Salieron delante el fraile de los Reyes y Betanzos; llegaron al puente de Chuquisaca, donde comenzaba la jurisdicción del Inca, y lo cruzaron con mucho trabajo. Pero los guardianes del otro lado del puente les detuvieron hasta el día siguiente en que llegó Juan Serra y diez indios de *Sayri*, que habían ido a recibir a los embajadores. Al decir del Palentino, en quien se basa Garcilaso, sólo dejaron pasar a Serra; mas después de leer sus despachos, los sublevados llamaron a Betanzos y le pidieron los suyos para ver si coincidían con los de aquél. El cronista mostró la provisión del perdón y la entregó a los capitanes del Inca, junto con el presente del Virrey. Tras varios días de negociaciones, *Sayri* mandó que regresasen al Cusco primero Betanzos y luego Serra, sin aceptar la salida de la selva: aducía que debía consultar la solución con sus hombres y guacas (las ancestrales divinidades); pero, en última instancia, resolvió que mientras la corte analizaba las posibilidades de la salida, su primo, Juan Serra, fuese a Lima para pedir mercedes al Virrey. Y efectivamente, tras una breve negociación, el Marqués de Cañete dio a *Sayri Tupac* diecisiete mil castellanos de renta, una encomienda en el valle de Yucay y tierras encima de la fortaleza del Cusco, para que edificara su morada, con lo cual el Inca abandonó la lucha en las montañas de Vilcabamba y tras visitar al Virrey en Lima, llegó al Cusco.

Después de la importante gestión realizada en la pacificación de *Sayri Tupac*, Betanzos volvió al Cusco, donde se dedicó a cuidar de su rica hacienda; mas no dejó de intervenir en Vilcabamba, a pesar de que ello suponía un gran peligro: se ha visto que las guardias del Inca *Sayri Tupac* tenían como máximo objetivo la protección de su soberano; estaban todavía muy recientes las muertes de *Atahualpa* en Cajamarca y de *Manco Inca* en la misma Vilcabamba a manos de españoles. De ahí que cualquiera, aunque llevase consigo garantías de embajador, en principio era considerado enemigo; por tanto, había que ser muy audaz para embarcarse en aquella aventura. No bastaba con conocer el quechua y estar emparentado con el Inca, ya que los soldados de Vilcabamba nada de esto conocían.

Sin embargo, otros nuevos acontecimientos requirieron la intervención de nuestro cronista en las montañas selváticas: como se ha dicho, *Sayri Tupac* abandonó su reino y se integró entre los españoles. Se

fue a vivir a la encomienda de Yucay, situada en el Valle Sagrado de los Incas, muy cerca del río Urubamba. Parecía que así quedaba resuelto el problema de los herederos del *Tahuantinsuyo*, refugiados en Vilcabamba; pero a los tres años de la salida Sayri murió, al parecer envenenado por el cacique principal del pueblo de Yucay, Francisco *Chilque*, si bien nunca se le pudo probar tal hecho (Villanueva Urteaga, 1970: 9).

El monarca había hecho testamento dejando como sucesor a su hermano *Tupac Amaru*, hijo legítimo de *Manco Inca*, un príncipe de corta edad que todavía radicaba en Vilcabamba; mas al llegar la noticia de su muerte, otro hijo ilegítimo de *Manco*, llamado *Tito Cusi Yupanqui*, quien –según descripciones de la época– contaba con unos ventiséis años, se proclamó señor de aquellos territorios. Al legítimo heredero *Tupac*, con intención de desprestigiarle apodó “*uti*”: bobo, y lo encerró en las casas de las *mamaconas* o vírgenes del Sol.

Y si *Sayri* se mostró como un gran pacifista, en cambio *Tito Cusi* hizo gala de una enorme belicosidad desde los primeros momentos de su mandato. Continuamente armaba a sus hombres y mandaba atacar pueblos, ciudades y caminos. De esta forma consiguió dominar en poco tiempo muchas tierras en las que cultivaba maíz, *cañagua*, *quinua* y bastante cantidad de coca, que producía en los valles calientes, desde donde era transportada al Cusco, Abancay, Andahuaylas y el Collao, lugares de buena venta por la mucha demanda. A base de estos productos el Inca se enriqueció rápidamente.

Como es de suponer, la corona española, en su afán de terminar con tan molesta situación, reinició negociaciones bajo el gobierno de Lope García de Castro, enviando al mensajero Rodríguez de Figueroa, quien cuando llegó a Pampacona –lugar donde se entrevistó con el Inca– le encontró lujosamente ataviado y con mucho poder. *Tito* las aceptó y designó a dos personas para que se ocupasen de sus asuntos: por notario, al mestizo Martín de Pando y de apoderado en el Cusco a Juan de Betanzos, casado con una prima suya.

El Inca debía de confiar plenamente en nuestro cronista, pues cuando falleció su hermano *Sayri*, creyó que había sido asesinado por los españoles y sólo se convenció de que no sucedió así, al certificárselo Betanzos, enviado nuevamente como embajador por el nuevo corregidor de Cusco, el Licenciado Polo de Ondegardo, junto con el mestizo Martín de Pando (Cusi Yupanqui, 1988: 2); visita que tal vez se efectuó entre 1559 y 1560. También en esta ocasión Betanzos demostró gran valentía al aceptar exponerse a realizar una empresa tan difícil, ya que el mismo *Tito* dice que retuvo a Pando y sólo dejó salir a Betanzos; y seguramente nuestro cronista tenía entonces una edad avanzada, pues otro de sus biógrafos, Santisteban Ochoa (1946: 78), anotó que cuando murió en 1576 ya era viejo. Aparte de ello, sólo el caminar por las montañas de Vilcabamba suponía y supone hoy todo un reto para el foráneo, dada la altura, la ausencia de caminos, la lujuriosa vegetación y por los muchos animales salvajes y reptiles venenosos que se encuentran por todas partes; imagínese cómo sería entonces, al hallarse rodeados de enemigos, además. Pero a pesar de tantas dificultades, Betanzos realizó varios viajes; ahora bien, no cabe duda de que la intervención en estos hechos se produjo porque el cronista fue un nexo entre el pueblo Inca y la España de su tiempo, al ser pariente político de los nobles cusqueños y dominar su idioma.

## VI. LA SUMA Y NARRACIÓN DE LOS INCAS

Líneas atrás se ha expuesto el perfecto aprendizaje del *quechua* por parte de nuestro cronista; hasta tal punto lo habló y entendió que en la *Suma y narración...* emplea un lenguaje todavía muy similar

al usado actualmente en las ciudades y pueblos de la sierra andina: se trata de una peculiar mezcla entre el *quechua* y el español, explicada por el propio Betanzos cuando indica en el prólogo de la obra, que los hechos de los *yngas capac cunas* o grandes señores de aquellos territorios han sido recopilados y traducidos otra vez por él. Es de suponer que con estas palabras se refiera a la realización de nuevos interrogatorios, practicados a dichos *yngas* después de haber participado en los llevados a cabo para las *Informaciones* ordenadas por el gobernador Vaca de Castro –efectuadas en 1542– o a los trabajos realizados cuando había escrito una doctrina cristiana y dos vocabularios quechuas –compuestos en seis años de su juventud– según él mismo cuenta en el prólogo de la *Suma y narración...*, doctrina y vocabulario que, de haberse conservado, le convertirían en el padre de los estudios quechuas; paternidad hasta ahora adjudicada a fray Domingo de Santo Tomás, de quien en 1560 se publicaron en Valladolid una *Gramática* y un *Lexicón* quechuas.

Pero volviendo a la crónica betancina, aunque modestamente, nuestro autor sólo se atribuye el trabajo de recopilador y traductor de los acontecimientos sucedidos durante el dominio Inca. En la dedicatoria a D. Antonio de Mendoza –el Virrey que le encargó escribir la genealogía de los Incas– indica que su composición, si bien no era alta, había sido muy trabajosa, porque necesitó asesorarse de muchos naturales: de los más viejos y de mayor crédito que halló. O sea que, Betanzos utilizó fuentes históricas no escritas, puesto que no las cita, mas sí vivas –orales–, recogidas de testigos presenciales o partícipes en muchos de los hechos bélicos y políticos acaecidos en el Incario. Sobre todo, se nutrió de la tradición guardada en los cantares de las *panacas* reales para exaltar las hazañas de los Incas momificados, que se hallaban expuestos al culto religioso en el *Coricancha*: especie de Vaticano andino; cantares que él pudo escuchar con autenticidad, sin las deformaciones impuestas posteriormente por el devenir de los tiempos

En las grandes festividades, como en las del *Inti Raymi*, bodas, nacimientos y exequias, *purucallas*, era costumbre que se sacasen las momias imperiales, y los mayordomos o *mamaconas* de las *panacas* cantaban delante del Inca reinante su relato histórico, anteriormente elaborado por los *quipucamayocs*: los sabios. Así mismo, cuando el ejército entraba victorioso en el Cusco se organizaban numerosos *taquis* o fiestas, en las que se entonaban una y otra vez los *haylis*, que eran los relatos heroicos sucedidos en las batallas, los cuales, acompañados de ritmos musicales, se repetían varios días.

Todos tuvo oportunidad de conocer Betanzos de labios de los propios *quipucamayocs* y *amautas*. De ahí que pudiera extraer y transmitir en la *Suma y narración...*, la versión histórica oficial del Imperio contenida en ellos; no la real, sino la elaborada por el Estado para los ciudadanos, puesto que en el Incanato lo no conveniente era eliminado de la memoria popular.

A primera vista parece fácil escribir este tipo de Historia, pero el cronista resalta las grandes dificultades que tuvo, pues hace constar que junto con el deber de hacer la letra legible, se requería estilo gracioso y elocuencia suave; tal cual merecía la personalidad del Virrey por quien fue encargada. Y esto no podía ser posible porque, ante todo, su relato debía guardar “la manera y orden de hablar de los naturales”. Desde luego, cualquiera que haya leído la *Suma y narración...* y haya oído expresarse a los actuales naturales del Cusco, se da cuenta de que Betanzos consiguió su propósito, porque la óptica incaica preside toda su obra, tanto en el aspecto documental como en el lingüístico. Además, es justo decir que el autor no trató de atildarse en ningún momento con el elegante idioma hispano de su tiempo; por el contrario, es la forma quechua, aunque castellanizada, la que prevalece en todo el texto, entre cuyas líneas casi se pueden escuchar las frases paternas, dirigidas por los mandatarios victoriosos a su pueblo. Por eso,

a menudo, se ha conceptualizado a la *Suma y narración...* como una crónica ruda y de difícil comprensión. Y en efecto, su lectura no es fácil, ya que su fondo es una versión literal de aquellos cantares, donde ni siquiera está puntuada la frase.

Pero estos mismos factores convierten el relato en una historia llena de fuerza, en la que incluso se evidencia la barbarie del Estado expansionista, al describir sacrificios de animales y niños vivos en el rito de la *capacocha*, la dureza de los Incas vencedores para con los vencidos o las crueldades de *Huascar* y *Atahualpa* –los dos hijos de *Huayna Capac*, litigantes entre sí por el trono– y sus generales, empeñados en una devastadora guerra fratricida.

Es importante resaltar también el temprano sincretismo religioso subyacente en la crónica. Un ejemplo es aquél en el que se asemeja la figura del dios civilizador *Contiti Viracocha* con la del Dios Padre de la religión católica, y así mismo, la oración del Inca *Viracocha* y las que diferentes monarcas tienen en muchos párrafos; todas ellas presentan claros matices cristianos. Quien haya visitado el Cusco o alguna otra ciudad de la sierra andina, cuando lea dichos pasajes, reproducirá los rezos recitados en voz alta por los actuales quechuas –mitad en esta lengua, mitad en la castellana– dedicados al Señor de los Temblores, su patrón jurado, o a otros santos de su devoción. Y es que, evidentemente, la aculturación del mundo andino con el hispano se trasluce ya en tan temprano momento en la *Suma y narración...* a través del gallego Juan de Betanzos, quien después de asimilar la singular cultura Inca, la transmite a Occidente.

La óptica indigenista de la crónica betancina es sólo comparable a la de Garcilaso de la Vega, Santa Cruz *Pachacuti* y *Huamán Poma* de Ayala. Deliberadamente no incluyo a Cieza de León, porque aunque el “Príncipe de los cronistas” aporta datos de verdadera importancia en la segunda parte de la *Crónica del Perú que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*, la menor comprensión del quechua le impidió incidir en nombres de lugares y personajes con tanta autenticidad como lo hizo nuestro autor.

Además, Betanzos se nos presenta como el prototipo del español, perteneciente a una noble familia quien, abandonando su lugar de origen, encuentra una nueva patria en la lejana América. A partir de ese momento dedica toda su existencia y esfuerzos por conseguir el máximo bienestar en la ciudad donde se afincó, en este preciso caso en el Cusco, porque ya sus incentivos e intereses son absolutamente diferentes a los sentidos en la Península y a los de la propia corona española. Son intereses, como es lógico suponer, derivados de sentimientos nacionalistas nuevos, los cuales surgieron prontamente en los colonos peruanos. Pero en Betanzos hay más: tal vez por su instinto de historiador o por su afán de llegar al fondo de lo que le rodeaba –como hombre formado en las letras– busca las raíces de aquel nuevo mundo, patentizado para él en el Cusco ancestral; y, no conformándose con lo que ve, indaga muy trabajosamente –según indica– para encontrar sus más recónditas esencias.

*La suma y narración de los Incas* era conocida a través de una publicación realizada por el historiador español, Marcos Jiménez de la Espada, de una copia fragmentada, perteneciente a un códice existente en la biblioteca agustina de El Escorial, en la cual, entre otros documentos, se encuentra la segunda parte de la ya aludida *Crónica del Perú*, debida a la pluma de Pedro Cieza de León.

Pese a constar esta copia sólo de dieciocho capítulos –y el último incompleto– se dejaba traslucir la importancia de la historia betancina para el conocimiento del pueblo Inca. Jiménez de la Espada hizo

averiguaciones tratando de hallar la obra completa; mas como no le fue posible encontrarla, se decidió a publicar dichos capítulos. Sin embargo, uno de los manuscritos –se solían hacer tres– había llegado a España muy pronto, pues en la copia de El Escorial, encima del encabezamiento se lee: “sacóse esta copia de los Yngas de otra del Señor Licenciado Catro que me dio en Madrid. Año 74”, o sea 1574.

El Licenciado Lope García de Castro gobernó el Perú de 1564 a 1569. No es extraño que Betanzos entregase una copia de su obra al gobernador, ya fuese para ayudarlo a conocer bien la raíz indigenista de este país o con la intención de que se publicase en la Península. Si existió el último propósito, no se llegó a cumplir por entonces; al contrario, el manuscrito se perdió y apenas quedaron rastros de él. Digo apenas, porque el dominico Fray Marcos García lo tuvo en sus manos en 1607 y escribió en el prólogo de su obra: *Origen de los indios y predicación del evangelio en el Nuevo Mundo*, que le había servido mucho para investigar los principios del pueblo Inca, sus reyes, costumbres y los hechos sucedidos en el reino hasta la llegada de los españoles. Mediante la cita del Padre García se insertó en las obras de León Pinelo, Nicolás Antonio y Antonio de la Calancha. Después la *Suma y narración...* cayó en el más absoluto silencio. Había desaparecido, pese a su gran importancia.

No se produjeron nuevas noticias sobre ella hasta el año 1847, cuando el historiador norteamericano, Guillermo Precott, la mencionó de pasada en su *Conquista del Perú*, en base a una copia hecha por lord Kinsborough del códice ya citado de la biblioteca de El Escorial. Como también le enviase la segunda parte de la *Crónica del Perú* de Cieza –mucho más voluminosa que la copia fragmentada de Betanzos–, el norteamericano dio mayor importancia a esta última.

Posteriormente, en 1875, Jiménez de la Espada volvió a hallar este mismo códice. Como se ha dicho, de inmediato advirtió el valor histórico en él subyacente y comenzó a realizar gestiones a fin de encontrarlo completo. Pero, al fracasarle las pesquisas entre bibliófilos, libros antiguos y en las bibliotecas de los agustinos, pensando que la copia fragmentada era la única conservada, la publicó en 1880, junto con la segunda parte de la *Crónica del Perú* de Cieza.

Sin embargo, el destino ha querido que algo después de un siglo de sucedidos tales acontecimientos, haya llegado a mis manos una copia completa de la *Suma y narración de los Incas*, escrita por Betanzos entre 1551 y 1557, procedente de los fondos bibliográficos de la Fundación Bartolomé March de Palma de Mallorca. Ahora, la crónica es muy conocida por todos los estudiosos americanistas y, sobre todo, peruanistas, pues a partir de octubre de 1987, fecha en que la publiqué, no hay ningún trabajo referido a los Incas o a los comienzos del virreinato peruano en que no se la cite. Así pues, la obra de Juan de Betanzos –el máximo cronista gallego americanista y uno de los padres de la historiografía andina– ha visto la luz, en su totalidad, a los 439 años de haberla redactado el autor. Por mi parte, me siento muy satisfecha de haberla dado a conocer al mundo por su gran valía y porque, además, imagino que éste sería el deseo del escritor mientras vivió.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANGULO, Domingo (1924): *Suma y narración de los Incas*. Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú. Lima, 1924.
- BETANZOS, Juan de (1574): *Suma y narración de los Incas*. [1551- 1557] Biblioteca de El Escorial.
- (1987): *Suma y narración de los Incas*. [1551-1557] Ediciones Atlas. Madrid.
- CALANCHA, P. Antonio de la (1976): *Crónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú* [1638-1653] en seis vols. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro (1968): *El señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación* [1551]. Marcos Jiménez de la Espada. Biblioteca Peruana. Lima.
- COLLAPINA, SUPINO y otros quipucamayos (1975): *Relación de la descendencia y conquista de los Incas*. [1540] Lima.
- DOMÍNGUEZ FAURA, Nicanor (1998): "Dos breves notas sobre el cronista Juan Díez de Betanzos". *Revista Andina*. Año 16. N.º 1. Cusco.
- ESTEVE BARBA, Francisco (1968): *Crónicas peruanas de interés indígena*. Biblioteca de Autores Españoles. T. XXIC. Madrid.
- GARCÍA, Marcos (1981): *Origen de los Indios y predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo* [1607]. Biblioteca Americana. México.
- GARCÍA GARRAFA, Alberto y Arturo (1926): *Enciclopedia Heráldica y Genealógica*. T. XVI, Madrid.
- LEVILLIER, Roberto. *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles del siglo xvi*. 14 vols. Madrid, Rivadeneyra.
- LÓPEZ DE CARAVANTES, Francisco (1985-1988): *Noticia general del Perú, Tierra Firme y Chile* [1683]. Edición de Marie Helmer. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- MARTÍN RUBIO, Carmen (1984): *Acta de la fundación española del Cuzco* [1534]. Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco. Cuzco.
- (1987): *Suma y narración de los Incas*. Atlas. Madrid.
- (1988): *En el encuentro de dos mundos, los Incas de Vilcabamba*. Atlas. Madrid.
- MUÑOZ. COLECCIÓN. Real Academia de la Historia. Madrid.
- PACHECO, J. F., CÁRDENAS, de F. y TORRES DE MENDOZA, L. (1864): *Documentos inéditos del Real Archivo de Indias, conquista y colonización de las posesiones españolas en América*. Madrid.
- SANTISTEBAN OCHOA (1946): *Los cronistas del Perú*. Cuzco.
- VEGA DE LA, Garcilaso. *Comentarios reales de los Incas*. Editorial Universo
- (1965): *Comentarios reales de los Incas*. Biblioteca de Autores Españoles. Edición de Carmelo Santa María. Madrid.
- VILLANUEVA URTEAGA, Horacio (1970): "Documentos sobre Yucay en el siglo xvi". *Revista del Archivo Histórico del Cuzco*, n.º 13. Cusco. Perú.

## DOCUMENTOS INÉDITOS

Audiencia de Lima, 31. Archivo General de Indias. Sevilla.

Audiencia de Charcas, 270. Archivo General de Indias. Sevilla.